

Modelos de cinema

Por Eva Berenice Ramírez Velasco¹

El sonido de los golpes y las leves pisadas de los cuartos continuos habían adquirido un ritmo armonioso y tolerable para Azucena, quien desde el medio día anterior permanecía de espaldas a la puerta y mirando ensimismada la pared de color ocre. Se había acostumbrado al ambiente tortuoso, dejando de percibir los olores agrios de orina y vómito que se desprendían del colchón de esponja sobre el que había mal dormido las primeras noches. A causa del ayuno y para entretenerse, imaginaba que las manchas de humedad formaban dibujos realistas que se definían según la hora del día.

Algunas veces veía rostros deformes con gestos de enojo o angustia que le producían miedo, pero ahora las expresiones sugerentes le producían nostalgia al recordar algunos pasajes de su vida, pues en aquel instante, la iluminación tenue del estrecho tragaluz y las manchas oscuras se le figuraban la sombra de una muchacha con los brazos levantados sobre su cabeza, que miraba con cierta timidez su cuerpo descubierto como si se despreciara de un sueño reparador y erótico.

Azucena aprovechaba la excitante aparición para acariciar con la yema de los dedos la parte interna de sus muslos. No tenía prisa y disfrutaba la soledad para hacerlo. Si bien había ido perdiendo el pudor con los acontecimientos que se presenciaban en las concurridas celdas, le satisfacía la idea de encontrarse sola, pues constituía para ella un fragmento de libertad para ser y hacer lo que quisiera.

¹ Licenciada en Historia por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Autora de la tesis *La Administración del Manicomio de San Roque ante los Paradigmas Científicos del Siglo XX y la Construcción del Estado Posrevolucionario. 1900-1952* (Presentada el 6 de diciembre de 2024); del artículo *Un acercamiento a la historia del Hospital de San Roque en Puebla*. en la revista *Cuetlaxcoapan. Enfoque al Patrimonio histórico*, número 23 (24-29); del capítulo *“El Estudio de la Enfermedad Mental en la Ciudad de Puebla. La Profesionalización de la Psiquiatría en los Siglos XIX y XX”* en el libro *Memorias del II Encuentro Estatal de Jóvenes Investigadores 2022* (p. 641-658) y de los cuentos publicados en la *Revista Semestral de los Estudiantes de Historia. Horizonte Histórico: “Enseres Incómodos”* (N° 24, p.75-81); *“Ojos que conoce, miradas que se interpretan”* (N° 27, p.90-97) y *“Dicen que los muertos nos hablan en los sueños”* (N° 28, p.147-154).

El encontrarse en aquel lugar quizá fuera un ultimátum para que optara por otras diversiones. Recordaba haber escuchado, gracias al débil grosor del vidrio y la madera, una parte de la entrevista de su tío Lauro con el médico, mientras ella esperaba afuera del consultorio.

—Hasta hace poco le decían tribadismo, pero por lo que me platica y según las últimas actualizaciones, lo más exacto sería perversidad constitucional.

—Me siento muy avergonzado con los señores Baldini. La señorita Aldonsa la empujó y salió despavorida del local. Lo que yo no esperaba era que al reprenderla...—se contuvo y apretó los puños antes de seguir con desorden su relato—reconozco que tuve que golpearla..., pero no esperaba que me lo devolviera. Anteriormente habíamos tenido altercados verbales. Es muy rebelde y tiene una afición enfermiza por los cinemas. Varias veces ha regresado a altas horas de la noche y oliendo a tabaco.

—El tabaco se puede considerar hasta cierto punto normal, más ahora con la publicidad agresiva de los cines. De hecho, en algunos momentos se consideró hasta benéfico para calmar los nervios—respondió con tranquilidad el joven galeno—Pero, no me ha mencionado si tiene algún pretendiente o novio. Entiendo que la hija menor tiene 14 años y que no hay un modelo femenino en casa.

—Fue muy desafortunada la muerte de mis primos, hasta hace unos años se temía a la modernidad, luego se volvió lema del gobierno y empezaron a bombardearnos los extranjeros con sus empresas en inglés que se metieron a los espacios más íntimos del hogar. Les estaba yendo muy bien, pero les dije que no debían aceptar un coche para el traspaso del negocio. Mi primo no sabía ni manejar, aprendió sobre la marcha, pero le faltaba pericia y tuvo la mala suerte de que hubiera culebra de agua. Por eso se estamparon contra un árbol. Las niñas no iban porque mi hermana Engracia, quien es religiosa y está ahora cuidando a mi otra sobrina, las había llevado a la feria de Santa Inés.

—¿Se llama Agustina la niña, verdad? —entre preguntas garabateaba el expediente y volvía la mirada hacia el hombre para continuar el cuestionario—¿Cómo reaccionaron a la separación?

—Como cualquier persona, lloraron. Se llevan 8 años, en cierta forma, Azucena podría haber sido la sustituta de la figura materna. Pero según mis primos, siempre fue muy peleonera. Por eso no la mandé con mi hermana, bastante hace con ayudarme con la manutención y la

instrucción de la virtud con Agustina, pero Azucena es mi ahijada y debo continuar velando por ella. Con la avanzada edad de mi hermana, probablemente la hubiera matado de un coraje.

—Tiene un carácter agresivo, es verdad. Desafortunadamente no contamos con suficiente espacio para brindar un asilo más cómodo a todas las internas y muchas veces tienen que compartir celdas. En el poco tiempo en el que Azucena ha estado con nosotros ha sido participe de dos riñas con sus compañeras y de algunos altercados con las empleadas.

—¡Qué vergüenza Doctor! —se levantó súbitamente el sexagenario para esconder su incomodidad, movimiento que desde afuera fue percibido por la acusada quien trató de disimular apresurándose a recargarse en el barandal, como si estuviera observando el jardín— No tenía a nadie más a quien acudir y quería evitar que los señores Baldini procedieran legalmente o que fueran a desprestigiar los negocios familiares. Las niñas heredaron una miseria del traspaso y una maquina Singer que usaba Azucena. Yo soy peletero y Agustina no sabe ni coser, y para no tener el pendiente al enviarla a los mandados, mejor la puse a ayudarme en el estanquillo con otro empleado.

—No se preocupe, la atenderemos lo mejor posible y estará en observación. Pero no me ha contestado si alguna de las dos jóvenes tiene alguna inclinación amorosa que esté influyendo en su comportamiento. ¿Tienen amistades o pertenecen a algún grupo juvenil?

Lauro apenas se detuvo un segundo para recordar y justificarse.

—Yo asumí la administración de sus bienes, porque me preocupaba la idea de que al ser jóvenes malgastaran el dinero en las modas peligrosas que abundan y Azucena llevaba porquerías de esas a la casa—volvió a guardar silencio un instante—no me enorgullezco y me lástima que mi ahijada me haya causado este dolor, pero en el altercado destruí parte de esas influencias malsanas.

Azucena había dormitado un momento con aquellos recuerdos, en los que también había observado a sus compungidas compañeras de celda ser conducidas al consultorio médico con las narices rotas. Era consciente de que la pelea iniciada por aquellas y continuada en defensa propia, no habían sido producto de la mala voluntad, sino de un ataque de locura, de pasiones reprimidas como las que a ella se le achacaban y de la exasperante situación de compartir una celda pequeña con una o dos mujeres más.

En las dos ocasiones había tenido que aprovechar la constitución frágil de sus atacantes. Cuando ocurrió la primera, tuvo que someter a una mujer de avanzada edad que una tarde le

había trenzado el cabello con dulzura y por la noche, había tratado de asfixiarla con la almohada. Otra noche, una mujer muy delgada había pasado del abrazo nocturno accidental a la violenta caricia, tratando de meterle la mano por el escote del camisón.

Abrió los ojos y encontró aún la compañía de la mujer de las sombras, quien ahora vestía una túnica de oscuridad.

«Mi Aldonsa se viste de noche, me oculta su carne de luna», pensó y luego con dificultad escondió la cara en sus rodillas como si algo le doliera. Se sentía emboscada por la figura cínica de aquella, quién había sido partícipe de su encierro. Para anestesiarle optó por abandonarse al ensueño y cantar mentalmente junto a Billie Holiday *I'll be seen you, in every lovely summer day...*

Benditos tiempos de la posrevolución y de la alianza México-Estados Unidos, los vestidos habían ido subiendo poco a poco como las cortinas de un cine, revelando gruesos tobillos y torneadas pantorrillas que en los contextos juzgados como inmorales, se adornaban con las carreteras negras de unas medias de nylon. Hasta la más conservadora se había acomodado a la moda y a su sutil lenguaje de seducción, pensó al ver la página del Diario, cuyo encabezado citaba:

El señor gobernador y su distinguida esposa, la señora Orozco, acudieron a la misa celebrada en la Compañía de Jesús para pedir por el cese de la proyección de espectáculos indecentes.

«¿De qué se ríe señorita?», le preguntó Don Cruz en el estancillo del mercado La Victoria.

«De que la moda americana es peinarse como urraca», dijo burlándose de los copetes inflados y los caireles aplastados por pasadores, pasando la mirada de los periódicos a los tomos de enciclopedias semanales, para luego seleccionar los magazines que requería para copiar los últimos modelos de vestidos y así, satisfacer a sus clientas que buscaban parecerse a las actrices y cantantes del momento.

A pesar de la broma, le gustaban los colores, los olores y las formas que adornaban los atributos de sus modelos. Regularmente daba instrucciones a las mujeres para colocarse en tal o cual pose y les tomaba las medidas con la rapidez con la que les sacaría una muela, mientras éstas fijaban la vista en un punto invisible y tensaban los músculos para no sentirse turbadas por la intromisión en su espacio físico, o para evitar el riesgo de ser pinchadas con un alfiler.

Abrió un momento los ojos y vio que los rayos rosados del amanecer iluminaban de nuevo la burda pintura de Aldonsa, cuya presencia trajo de vuelta a su memoria los sucesos que precipitaron su encierro y la melodía que sonaba entonces y que la hacía sentirse menos sola *.will meet again, don't know where, don't know when. But i know we'll meet again some sunny day.*

Aldonsa tenía en las manos la portada del álbum de “la novia de las fuerzas armadas británicas”, Vera Lynn.

—Es hermosa, ¿verdad? Lástima que acá no hay mujeres en el ejército. La gorra y sus medallas les dan cierto aire de elegancia.

—Tiene usted razón, aunque no se necesitan uniformes para mandar.

—Es cierto ¿Me volteo? —dijo mientras ejecutaba la acción— Además, el apellido y los atributos lo facilitan. ¿No crees?

Azucena tragó saliva.

—Levante un momento los brazos— midió y anotó las medidas de las mangas.

—Obedezco—sonrió con ironía la modelo y giró parcialmente para mirar su silueta en el espejo que había detrás—¿Qué opinas del corte de la falda? ¿Cómo luciría más con el saco?

—Lo mejor sería que la falda cayera recta, con la abertura atrás. ¿De qué largo la quiere? —Azucena se había quedado como detenida en el tiempo con parte del rollo de la cinta métrica en la mano izquierda y 20 cm. estirados hacia su mano derecha. El satén del camisón de Aldonsa cambiada de tonalidades en las protuberancias y hundimientos de su cuerpo, y se movía como una aurora boreal cuando ésta cambiaba de pose, efecto que parecía magnetizar a la modista.

—El que a usted le parezca mejor—Aldonsa miró a Azucena con altivez, era 8 centímetros más alta, aunque más morena que sus parientes de Chipilo. Luego formó un círculo con las manos a la altura de su ombligo—¿Y si tuviera un gran cinturón enfrente? Por acá vea.

—Pudiera ser. Tengo uno, vemos como luce—y se dirigió al perchero donde colgaban mascaradas de distintos colores y algunos sombreros. —Colóquese éste.

—El broche es raro. Pero mi idea es que luzca así. ¿Me abrocha? —La mujer aprovechó la cercanía de las manos de su modista para inclinar el pasador más cerca de sí y buscó la mirada de la joven. — ¿Qué tanto es mejor que caiga?

—¿Qué? —respondió con timidez y extrañeza, provocando la sonrisa de la modelo.

—La tela... ¿Qué largo?

—Yo diría que a la rodilla y medianamente entallada—Sintió en el hombro un leve empujón hacia abajo. Dudaba en entender el código, pero, aunque había perdido la cinta métrica estiró parte del cinturón hasta la altura sugerida. Alzó lentamente la cara, la proximidad era mucha y ambas permanecían cautelosas. Una inmóvil como una estatúa de mármol y la otra como un felino esperando el momento de lanzarse hacia su presa.

El instante fue interrumpido por el sonido de una puerta arrastrándose. De manera incomprensible, Azucena percibió una sucesión de escenas vividas en las que había rosado el pubis de Aldonsa, una pequeña mancha roja había aparecido de repente en el camisón amarillo pastel, la mujer había dado un leve grito de repugnancia para luego apartarse con rapidez de la modista. Después el tío entró en la habitación encontrando a Aldonsa a medio vestir y a Azucena tratando de tranquilizarla, mientras le extendía un retazo para que se limpiara. Finalmente vio salir a su clienta enrojecida por la vergüenza y sin decir una palabra.

—¡La pinchaste! ¡Estoy cansado de lo inútil y torpe que eres! ¡Apaga esa maldita música!

Azucena comprendió que esa era la mejor versión del malentendido y obedeció con rapidez.

—¡Perdóname tío, era un modelo difícil! Te prometo que no me vuelve a pasar.

—¡Tú y tus pinches yanquis me tienen hartos!—gritó mientras aventaba los magazines.

—¡Cálmese tío! Me costaron mucho dinero, es lo que está de moda—Azucena recogía sus materiales y los apretaba contra su pecho para protegerlos.

Don Lauro, se abalanzó sobre ella para tratar de arrebatárselos, lo que conseguía por pedazos, mientras gritaba—¡Es inmoral!—sin hacer caso al llanto de su ahijada.

Entonces llamó su atención la portada del disco de música. Adelantándose a lo que iba a hacer, Azucena encontró el metro a su lado y se lo partió en la espalda cuando aquel ya se disponía a partir en dos el disco berliner.

La interna pensaba ahora en lo curiosas que son las casualidades cuando las acciones son lo que se dice “malas”. Su idea ahora era dejarse morir, en algún momento tendría que pasar. El agua sucia que le habían dado casi se había evaporado, la avena que le habían pasado a través del medio cilindro de su celda también se había agriado, mosqueado y pegado al plato. Recordaba que justo cuando rompió el metro, sin causarle mucho dolor a su corpulento pariente, su hermana iba llegando con otro empleado de la peletería. Sospechaba que tenía algún romance. Los gritos y llantos los habían alertado desde que iban por la mitad de la calle. Su

presunto cuñado, corrió por un gendarme, su hermana consoló al tío y ella se quedó pasmada por la sucesión de hechos. Más, en sus disociaciones no lograba encontrar el arrepentimiento, solo la aceptación y un dulce recuerdo.

Entonces fue interrumpida por una enfermera, quien le pasaba otro plato de comida.

—¡Azucena! ¡Déjate de berrinches y come! El Doctor ya dijo que si regreso y eso sigue lleno te vamos a alimentar con embudo. ¡Pásame los trastes y te doy lo que te mandaron!

Sin sorpresa, Azucena cedió al trato. Pero sintió una leve emoción cuando a pesar de los olores pestilentes notó un suave perfume a jazmines y tomó un sobre. La sorpresa la motivó a levantarse y a beber apresuradamente la avena. La carta al interior decía:

Querida amiga:

Tu ausencia me aprisiona

El silencio de mi alcoba se abalanza y me devora

Abro una ventana para huir de la nostalgia

Y encuentro que mi alma ha corrido hasta tu casa

Pido ayuda a las estrellas y me dicen que estás cerca

De una pista no preciso, pues me guían las azucenas

Convertido en chupamirto atravieso ya las rejas

Hambriento del pistilo de tus labios de cereza

Te espero en la portería

Aldonsa

FIN